

LAUDATIO DE ERNESTO GARZÓN VALDÉS

JORGE F. MALEM SEÑA
Catedrático de Filosofía del Derecho
Universitat Pompeu Fabra



20 de octubre de 2011
Auditorio del campus de la Ciutadella
UNIVERSITAT POMPEU FABRA

Es para mí un honor y un privilegio presentar al profesor Ernesto Garzón Valdés que, en el día de hoy, será investido doctor honoris causa por la Universitat Pompeu Fabra. Un honor porque es la primera vez que el Departamento de Derecho formula una propuesta como ésta, y recae en mí tal responsabilidad. Y un privilegio porque en muy pocas ocasiones se tiene la posibilidad de hablar de quien reúne todas las cualidades personales, morales e intelectuales, que le hacen digno, sin reserva alguna, de recibir tan preciado título.

El profesor Garzón Valdés nació en la ciudad de Córdoba, República Argentina. En su Universidad Nacional estudió derecho y allí también se doctoró con un trabajo sobre *El derecho y la naturaleza de las cosas*, doctrina iusfilosófica que había tenido gran predicamento en la Alemania Federal de la posguerra. ¿Era el positivismo jurídico el culpable ideológico de la desventura nazi? Fue una de sus preguntas. Rotundamente no: su respuesta. Y aunque su adhesión al positivismo jurídico fuera luego ligeramente matizada, el impacto de ese trabajo no pasó desapercibido.

Su preocupación por los aspectos políticos y morales vinculados al derecho no acabó con esa obra; siempre le ha acompañado. Nunca abandonó su

apego por dilucidar, comprender y, si es posible, a través del análisis, sugerir cursos de acción legítimos. Jamás perdió de vista que el derecho es un instrumento cuyo uso ha sido perverso en más de una ocasión y que precisamente por ello es necesario reflexionar acerca de cómo hacer para que esté al servicio del conjunto de los seres humanos. Su interés teórico y práctico porque los seres humanos puedan desarrollarse plenamente es innegable. Si se conoce su teoría se conoce también su personalidad.

En todos sus trabajos ofrece precisiones conceptuales convencido de que son indispensables para cualquier empresa intelectual. Ellas enmarcan el objeto de análisis y evitan, si son adecuadas, que el desarrollo epistémico sea teóricamente incoherente. Es un pensador analítico que prefiere escribir artículos a libros. Está más interesado en presentar redes conceptuales que en ofrecer una acumulación de datos que en ocasiones nada agrega a la comprensión de un problema.

Naturalmente, con casi cualquier doctrina a mano existen teóricos dispuestos a defender las conclusiones que se deriven de sus presupuestos ideológicos por más aberrantes que sean. Los ejemplos son bien conocidos. Pero Ernesto Garzón Valdés no es de ese tipo de intelectuales. Sus investigaciones, su magisterio y su actitud vital siempre estuvieron guiados por la seriedad, dedicación, esfuerzo, trabajo y responsabilidad en las formas, valores que seguramente le inculcaron sus padres en un hogar cordobés tradicional muy vinculado a la historia universitaria argentina; y por el respeto al individuo, a los derechos humanos y a la democracia, en el fondo. Por esa razón son incontables sus trabajos sobre la dignidad de la persona, la democracia o la idea de tolerancia, para señalar solo unos pocos temas que abordó en profundidad y con acierto.

Como jurista se ocupó asimismo de tratar cuestiones como la validez, la eficacia y la existencia de las normas. Los problemas de la seguridad jurídica y la equidad, las limitaciones jurídicas al soberano o la interpretación de la ley, entre otros temas más. Y en no pocas ocasiones incursionó sobre las relaciones entre el derecho y la moral. Si de sus tesis se desprende un cierto objetivismo moral, no cae, sin embargo, en iusnaturalismos inaceptables.

Pero la actividad intelectual de Ernesto Garzón Valdés no se ciñe únicamente al análisis de cuestiones jurídicas bajo el prisma filosófico. Haber ocupado una cátedra en el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Maguncia le permitió adentrarse en los meandros de la filosofía y de la

ciencia políticas. Y dado que hay más de un punto de intersección entre éstas y la filosofía del derecho supo trasvasar herramientas conceptuales hacia una u otra disciplina de un modo clarificador, fructífero y apasionante. Utilizar la noción de regla de reconocimiento para explicar la estabilidad de los sistemas políticos da prueba de ello.

También en este ámbito sus trabajos brillan con luz propia. Los problemas atinentes a la desobediencia civil, el constitucionalismo o el estado de derecho alumbraron parte de la discusión que sobre esos temas se desarrolla en Iberoamérica. América Latina es el continente de las injusticias, dice no sin razón. Por ese motivo y por razones biográficas ha escrito mucho y bien sobre política, ética y derecho en esa parte del mundo. Ha escrito sobre las clases medias, sobre los dictadores y los mitos que impiden el ejercicio de una ciudadanía auténticamente libre e igualitaria. Su libro *El velo de la ilusión*, bajo la forma de un relato autobiográfico, es un compendio de la historia argentina de los últimos cien años.

Y es también un excelente teórico de la moral. La influencia de Kant en su pensamiento es innegable. Universalista convencido, no deja de criticar los excesos de los localismos y multiculturalismos de distinta índole tan en boga en la actualidad. La defensa de la existencia de un núcleo duro de derechos morales que nos posibilita llevar una vida digna hizo que tomara prestada la expresión "coto vedado" del gran escritor español Juan Goytisolo. Ernesto Garzón Valdés cree que la literatura y el arte en general pueden ser fieles colaboradores en la indagación filosófica. Su enorme cultura se lo permite.

Como filósofo del derecho, de la moral y de la política, Ernesto Garzón Valdés es un trabajador infatigable, que desarrolla su actividad profesional con un frenesí inocultable. Sus amigos, colegas, discípulos y alumnos difícilmente pueden seguir la estela de su producción científica, sus propuestas siempre novedosas para el debate, sus soluciones a problemas ya planteados y su apasionada búsqueda de nuevos conocimientos; que a buen seguro le proporcionan también altas dosis de satisfacción y de felicidad. Tal vez por eso somete a su mente y a su cuerpo a un ejercicio constante y notable de esfuerzos investigadores que le han llevado a publicar 14 libros, compilar 13 libros y escribir más de 210 artículos. No admite que su ritmo de trabajo se ralentice o detenga, hace suyo aquello de que en la vida y en el tango, como gusta recordarnos, quien se para pierde el compás.

Es también un pesimista racional con una enorme capacidad de indignación ante el estado de cosas injusto que parece caracterizar nuestro mundo. No es de extrañar que dos de sus libros se denominen *Las instituciones suicidas* y *Calamidades*. Frente a análisis mucho más abstractos acerca del derecho, de la política y de la moral ha preferido reflexionar, especialmente en los últimos treinta años, sobre las cuestiones que más nos asolan: el terrorismo, institucional o no, la guerra, el holocausto, la corrupción, para citar solo unos pocos ejemplos. Si una mala teoría nunca puede conducir a una buena práctica, en tiempos de desazón donde los augures vaticinan renovadas pesadillas sus trabajos constituyen una guía para entender las cuestiones más espinosas, y sus actitudes y acciones vitales un modelo para imitar.

El prestigio de la obra de Ernesto Garzón Valdés es sobradamente conocido. Y su reconocimiento internacional excede con creces el ámbito iberoamericano. La influencia que ejercen sus trabajos es notable. Y las discusiones que alrededor de ellos se generan, incontables. Una prueba de este enorme y merecido prestigio intelectual es que le han concedido nueve doctorados honoris causa en distintas zonas del planeta. Desde Finlandia a la República Argentina; desde España a Chile.

Pero su prestigio como investigador no puede servir para ocultar su faceta como profesor, como maestro. Dotado de una gran capacidad pedagógica y de un fino sentido del humor, sus disertaciones son siempre claras, precisas, plenas de sentido, sin concesiones a la verborrea inútil. Sin atisbo alguno de dogmatismo o autoritarismo nunca deja de responder a una pregunta, una inquietud o una observación, incluso de los más jóvenes o novatos de la clase o del seminario. Mantiene siempre un cierto escepticismo epistémico hacia sus propias posiciones, dispuesto a revisar sus tesis o someterlas a una tan sana como necesaria crítica. Carece, en ese sentido, de la seguridad que muchas veces acompaña a los petulantes seudosabios. Hay que tomar en serio al otro, repite una y otra vez, por respeto moral y por actitud teórica; recordando que la verdad de un enunciado nunca depende de la persona que lo formula.

El respeto hacia los jóvenes es una de sus señas de identidad. Muy generoso con su tiempo está dispuesto al diálogo incluso más allá de lo debido. Jamás tiene un no por respuesta a la solicitud de lectura de un artículo, a la orientación de una tesis, al pedido de auxilio para una publicación. No da para que los otros den, nunca pide nada a cambio. En las relaciones universitarias como en los demás ámbitos de su vida no hace cálculos de utilidad,

su modo de comportarse no es estratégico. Tal vez sea una de las razones del porqué sus alumnos se entregan a su magisterio con la confianza del que tiene un interlocutor atento, con admiración primero, con sosiego después y, sobre todas las cosas, con afecto.

Es también Ernesto Garzón Valdés una persona inquieta. Inquieta en un doble sentido. En primer lugar porque manifiesta una propensión a generar cambios en los prismas mediante los cuales se analizan las cuestiones filosóficas, políticas y morales más enjundiosas. Es un intelectual atento a los avances científicos y a las renovadas disputas filosóficas. Nunca se resigna a limitarse a viejos esquemas ya conocidos, a los temas que ya ha estudiado en el pasado. Que actualmente esté preocupado, por ejemplo, por la ética de los robots no supone una sorpresa para quienes le conocemos bien. Y es asimismo una persona inquieta en el sentido más literal: porque no sabe estar quieto. Es un viajero impenitente que, sin embargo, odia los aeropuertos y los aviones. Y hasta ha escrito sobre la superfluidad e inutilidad de los viajes. Alguien tal vez podría advertir aquí una contradicción pragmática, pero ya se sabe: *nobody is perfect*.

La Universitat Pompeu Fabra se ha beneficiado enormemente de la labor investigadora y pedagógica de Ernesto Garzón Valdés. Desde 1981 visitaba Barcelona con asiduidad, y era bien conocido por todos los que nos dedicábamos a la filosofía del derecho, de la moral y de la política. Desde la creación misma de esta Universidad estuvo a nuestro lado. Nos animó a pensar con ojos diferentes los temas que íbamos desgranando, nos señalaba bibliografía, nos auxiliaba, nos corregía. Nos enseñó a discutir al insistir que se debe tratar la posición del otro de forma caritativa, sin por ello dejar de perder la rigurosidad en la crítica.

Por otra parte, a Ernesto Garzón Valdés debemos la internacionalización del área de Filosofía del Derecho. Insistió siempre en huir de los provincialismos académicos y de los encorsetamientos de escuela que tanto daño hacen a la universidad; y puso a disposición de quien lo quisiera utilizar todas sus vinculaciones académicas que abarcan desde Australia a Tierra del Fuego, desde Estados Unidos a Italia. La tarjeta de presentación de Ernesto Garzón Valdés abre todas las puertas y genera buena disposición debido al prestigio y la calidad humana del remitente. Si una de las formas de medir el valor de una persona es por el valor de los amigos que tiene, Ernesto Garzón Valdés atesora un valor inmenso.

La tarea de facilitar el conocimiento de las tesis de otros no es nueva. Desde muy joven inició una labor de traducción de obras de distintos idiomas al castellano que mantuvo hasta tiempos muy recientes. Permitió que por vez primera se leyera a Adorno y a representantes de la escuela de Frankfurt en español o que se tuviera acceso a la lectura en ese idioma de *¿Qué es la justicia?*, de Hans Kelsen. Su esfuerzo traductor fue ingente. Motivado por las penurias económicas causadas por el exilio ha traducido más de cien libros.

Además posee la rara cualidad de mezclar bien a gentes de distintos orígenes geográficos y de tradiciones jurídico-filosóficas diversas que se agolpan a su alrededor para intercambiar ideas, sabedores que en Ernesto Garzón Valdés encontrarán a la persona que limará asperezas, facilitará el diálogo fecundo y promoverá y participará en todos los foros de discusión. No es por casualidad que se haya creado bajo su influencia el Tampere Club en Finlandia destinado al análisis de los problemas de la democracia y que ocupe su presidencia desde hace muchos años. Ni que haya sido designado en la ciudad de Tampere ciudadano de honor. Ni que haya creado el Coloquio Jurídico Europeo, en Madrid, para la discusión de problemas jurídicos, políticos y morales.

Pero asimismo tiende puentes entre personas de distintas generaciones. Nadie se siente amilanado con su presencia y a todos anima a participar en la común tarea intelectual. No importa la edad, solo el placer de aprender. Y todo lo hace con modestia, con excesiva modestia. El título de su último libro se llama *Propuestas*.

Hay pensadores que dejan su huella. Este es el caso de Ernesto Garzón Valdés. Su dilatada cultura, sus vastos conocimientos, sus reflexiones siempre atinadas o su don de gentes hacen que los garzonianos se multipliquen allí donde pasa. No pide lealtades, no exige gratitudes. Le molesta la obsecuencia. Solo demanda trabajo, dedicación, seriedad, rigor y respeto. Es, simplemente, un maestro.

Como tal ha sido profesor en numerosas universidades de diversos países. Ha enseñado y dictado conferencias en Finlandia, Italia, Alemania o España para citar algunos países europeos y en Estados Unidos, México, Venezuela, Perú, Chile y Argentina en contextos americanos. No es inmerecido que a propuesta del profesor Rodolfo Vázquez se haya creado en Ciudad de México la Cátedra Ernesto Garzón Valdés, dedicada al análisis de problemas jurídicos, éticos, políticos y filosóficos.

El profesor Garzón Valdés imparte un seminario permanente en nuestra casa desde el primer soplo de vida del Departament de Dret. Este seminario ha sido el origen de numerosas publicaciones, tesis doctorales y diversas investigaciones. En él encontramos fuente de inspiración, a la vez que lo utilizamos como banco de prueba para corroborar o, bajo su atenta crítica, modificar o abandonar nuestras propias ideas. En ese seminario sentimos el placer de la discusión académica, sin acritud pero con firmeza, con humor pero sin banalidad. Ernesto Garzón Valdés siempre está, siempre lo sentimos, a nuestro lado. El grupo de filosofía del derecho de esta Universidad no sería el mismo sin su presencia. Es, lo digo con indisimulado orgullo, uno de los nuestros.

Junto a su devenir universitario, Ernesto Garzón Valdés tuvo también una dilatada carrera diplomática que inició en 1958 y estuvo jalonada por distinciones y condecoraciones como la de Comendador de la Orden de San Carlos de Colombia, Comendador de la Orden Bernardo O'Higgins de Chile, Comendador de la Orden al Mérito de Italia o la Gran Cruz al Mérito de la República Federal de Alemania, entre otras. Debido a su acción se crearon quince bibliotecas argentinas en el exterior; se fundó el Instituto de Cultura Argentina en Bonn, cuya biblioteca tenía más de 15.000 volúmenes, y seis museos de arte contemporáneo argentino en diversas capitales latinoamericanas. El gobierno democrático argentino del presidente Fernando de la Rúa le pidió que aceptase ser embajador en Alemania con sede en Berlín. Cargo al que renunció para dedicarse por completo a sus labores universitarias de docencia y de investigación.

Nada hubiera sido posible sin el apoyo de Delia, su mujer, la mejor compañera que pudo tener, quien con afectuosa paciencia tolera sus viajes, sus ausencias y su trabajo. Es quien pone serenidad en su vida. Y todo con una sonrisa, sin una queja y, por sobre todas las cosas, con el enorme cariño que le profesa.

Conocí a Ernesto Garzón Valdés en 1972 siendo su alumno de Filosofía del Derecho en la Universidad Nacional de Córdoba, en Argentina. Muy pronto quedé fascinado por el rigor con que impartía sus clases, por su capacidad analítica y por su permanente tendencia a favorecer el diálogo racional y la discusión franca. Percibí de inmediato su fineza intelectual y su talante universitario ¡Cuán diferente era a los hacedores de opacidades provocadas por los iusnaturalismos decimonónicos imperantes! Llegaba a Córdoba desde Buenos Aires todos los sábados por la mañana para impartir sus clases.

El tren que lo transportaba se llamaba "Rayo de Sol", ¿nombre acaso profético?

Inmediatamente se generó entre nosotros una corriente de afecto y respeto. Ernesto es un hombre de trato fácil y afable, que gusta del humor cordobés tanto como yo. Su marcha dejó Córdoba casi como un erial. Pero ni la dictadura salvaje, ni el exilio pudieron quebrar los vínculos personales e intelectuales con su gente. Restablecida la democracia, sus discípulos le devolvieron la cátedra que se le había arrebatado. Fue un acto de justicia; para mí, en la distancia, una inmensa felicidad.

Nuestro común exilio ahondó aún más si cabe nuestra relación personal que hoy es cuasi paterno-filial. En mis desesperanzas pude constatar su espíritu solidario y su generosidad. Disfruté de su apoyo y auxilio incondicional. Y en los momentos de flaqueza, de sus ánimos e integridad moral. Fue director *in pectore* de mi tesis doctoral. Con modestia le envió mis trabajos, que devuelve siempre mejorados. Todas las noches hablamos por teléfono solo por el placer de escuchar la voz del otro. Fui su alumno hace cuarenta años, sigo siendo su alumno en la actualidad, seguiré siendo su alumno en el futuro. Sus enseñanzas y mi pobre entendimiento me han hecho un aprendiz de filósofo del derecho, de la moral y de la política. Su amistad me ha hecho mejor persona.

Cuando en 1974 se alejó de su país de origen obligado por la acción política irracional de uno de los tantos gobiernos que azotaron esa tierra para refugiarse en su exilio europeo, la intelectualidad argentina protestó vivamente: Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Genaro Carrió y Eugenio Bulygin, entre otros muchos más, dijeron públicamente que Argentina no podía "prescindir de los mejores". Rector Magnífico, tengo a bien presentar al profesor Ernesto Garzón Valdés, uno de los mejores.